

El dibujo, de Miguel Ángel; el colorido, de Tiziano.
(TINTORETTO)

Aquí late, por paradójico que se diga, toda una concepción muralista, aquí, en el concierto de esta exposición, presentada bajo título de pequeño formato. Aquí, la consciente reducción de la escala física es índice de condensación esencial, como muchas veces lo es de vacuidad y grandilocuencia su amplificación arbitraria. Águeda de la Pisa ha acertado a enclaustrar y definir en los límites exiguos de la obra, de cada una de sus obras, la aquilatada condensación del pensamiento y el pulso, el tacto vivo, de la experiencia plástica, el destello contenido de una rotunda visión espacial que para sí reclamaria la cal expectante del muro.

Conozco bien el quehacer de Águeda de la Pisa y las proporciones colosales a que tiende su propósito instaurador, verdadero contra canto de lo que hoy se ofrece a nuestro contemplar. La avidez espacial y el desbordante vuelo a que suelen aclimatarsen sus criaturas, se torna aquí concentrada materia y pensamiento condensado.

Estas criaturas no albergan empeño alguno de trascender su propia contextura. Son así. Así las concibió el pensamiento y las dispuso la mano y así, conformes a su naturaleza, más acá o más allá de su proporción real, exigen, como ámbito propio, la expansión derramada del espacio y no pueden desmentir su estirpe muralista.

Que no es cuestión de mediciones relativas o transportes sistemáticos. O la obra nació en posesión de intrínseca grandeza o en vano ha de esperarla de su amplificación convencional.

Mucho más difícil es, en todo caso, condensar la idea nutricia que confiar su ficticio despliegue a la multiplicación, grado por grado, de la escala.

Las obras de Águeda de la Pisa ostentan, desde su ser y por encima de su pequeño formato, una clara condición muralista. Si el contemplador agudiza la mirada, sorprenderá, de una parte, una profunda meditación escultórica y sentirá, de otro lado, toda la pasión por la densidad, amasada, calcinada, contenida, del cromatismo.

Escultura y cromatismo, proyectados al vivo sobre lo vivo de la cal. ¿No son tales los extremos en que apoyar el sentido del metalenguaje muralista? Así lo entendía Tintoretto, grabando al fuego, en la pared de su estudio, nuestra cita eventual cuya llana traducción diría: el dibujo, de un escultor: la entonación, de un colorista.

SANTIAGO AMON